

Kattie Black

Contigo al fin del mundo



*Colección
DREAMS*

CONTIGO AL FIN DEL MUNDO

Kattie Black

Colección Dreams

©DirtyBooks, marzo 2019

Contigo al fin del mundo de Kattie Black está registrada bajo una licencia [Creative Commons](#). No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora o los editores.

*Lo siento, pero no puedo seguir con esto. No quiero casarme, ni tener hijos. No puedo darte el futuro que quieres.
Te dejo.*

Con este mensaje en mi Whatsapp amanecí el 14 de febrero de 2019. Carl, la persona con la que había planificado el resto de mi vida, me dejaba con un par de frases frías y concisas en mi móvil. La mejor manera de despertar en el día más romántico del año. Volví a la realidad de un solo golpe y sin necesidad de café, y necesité media hora para entender que aquello no era parte de ninguna pesadilla. De un día a otro había pasado de tener un plan de futuro, una boda preciosa en el mejor hotel de la ciudad, una luna de miel en Bali, y una futura vida ideal como esposa y madre de los hijos de Carl Higgins, abogado en ciernes, a ser Olimpia, la de siempre, la cajera del supermercado de la esquina, la fracasada que no había conseguido nada en la vida, salvo perder trabajos, abandonar sueños rotos y ser desechada por su prometido.

Estaba tan derrotada que decidí quedarme en la cama. El mundo me parecía un lugar terrible e inhóspito y lo último que necesitaba era enfrentarme a él. Pero la vida aún me tenía reservado otro golpe.

—No, no te molestes en volver —dijo Robert, el nuevo encargado, cuando le llamé por teléfono para avisar de mi falta.

—Llevo cinco años trabajando ahí y no he fallado un solo día, ¿estás bromeando?

—No es ninguna broma. Hoy es uno de los días con más trabajo del año, si no vienes olvídate de este trabajo.

Robert apenas llevaba dos meses como encargado, pero se había pasado todo ese tiempo haciéndome la vida imposible y poniendo trabas a mi trabajo de todas las maneras posibles. Sospechaba que el hecho de haberle rechazado cuando intentó besarme en los baños del supermercado tenía que ver con su actitud. Era un macho que no soportaba que le dijeran que no. Seguro que os suena.

Sentí que el calor me subía a las mejillas. Fantaseé con tenerle delante y estrangularle, desgraciadamente, eso no iba a ser posible, así que tomé una decisión.

—¿Sabes qué, Robert? Espero que las rebajas de San Valentín atraigan a una marabunta de locos de las gangas y mueras estrangulado por una faja reductora al verte atrapado por una pelea de marujas.

—¿Qué? ¿Qué demonios dices?

—Que te vayas a tomar por el culo. Métete el trabajo por donde te quepa. Eso digo.

Colgué con un gesto furioso, echando de menos la época en la que los móviles tenían tapa y una podía enfatizar su drama con el fuerte chasquido que provocaban al cerrarla.

Me sentí aliviada por unos preciosos segundos, poderosa después de haber hecho lo que llevaba meses deseando hacer, pero el subidón me duró poco. De pronto, como si hubieran abierto las compuertas de una presa, me eché a llorar como una histérica. Las cosas ya no podían ir a peor. En un solo día... No, en una sola mañana, en apenas una hora que llevaba despierta, mi vida se había ido totalmente al carajo.

El sonido de una nueva notificación me hizo entrar en pánico. Seguro que era una mala noticia, teniendo en cuenta el rumbo que habían tomado las cosas. Así que cogí el teléfono y lo estrellé contra la pared sin mirar el contenido.

...

Los ojos dorados y profundos del hombre observaban el portal con un gesto paciente. Hacía tiempo que no se veía obligado a usar el correo convencional, con las nuevas tecnologías todo era más fácil, y lo cierto era que no echaba de menos aquellos tiempos de pegar sellos y buzoneo, por muy romántica que fuera la idea de escribir con pluma y rociar el papel con perfume, le parecía mucho más conveniente no robarle un solo instante al destino.

Comprobó la dirección y el nombre de la destinataria y llamó a uno de los timbres al azar. Estaba seguro de que ella no le abriría.

—¿Quién es?

—Soy yo —respondió con las palabras mágicas, y el chasquido de la puerta al abrirse le hizo sonreír con satisfacción.

Llamó al ascensor y subió al quinto piso y sin más sonido que el deslizar del papel contra la madera, metió el panfleto por el resquicio de la puerta.

Con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo alzado, volvió al

exterior, donde el sol no lograba calentar aquella mañana invernal.

«Ahora está en sus manos», pensó mientras se alejaba calle abajo.

...

Cansada de llorar, me dormí y no desperté hasta mediodía. Deseaba quedarme todo el día en la cama, que esta me absorbiera, dejar de existir para no pensar más en lo vacía que de pronto se había quedado mi vida, pero un rayo de sol dorado y cálido se colaba entre las cortinas de mi habitación. Me daba en plena cara, y su roce me reconfortó por unos instantes. La vida seguía allí afuera, aunque la mía hubiera dado un vuelco y se hubiera detenido.

Con un suspiro me puse en pie, sintiendo que el corazón me pesaba como si fuera de granito. Salí al salón y me quedé un instante observando lo que parecía una fotografía de un tiempo pasado. En los estantes, entre libros y cedés, había fotografías donde Carl y yo parecíamos la pareja ideal, todo sonrisas y besos ardientes recortados contra las puestas de sol en una lejana playa. Aquella ya no era mi vida, eran retazos de un sueño del que había despertado.

La rabia puede ser un gran combustible cuando no encuentras la energía para seguir adelante, y yo la encontré en ella de pronto. Cogí todas las fotografías, sus regalos, la ropa que había dejado el día anterior sobre el sofá y todos los restos de su presencia y los tiré a la basura, haciendo añicos todo lo que fuera susceptible de reducirse a pedazos.

—Maldito cabrón, ¿que no quieres tener hijos? —maldecía mientras reventaba contra el suelo una anodina figura de porcelana que me regaló en nuestro sexto aniversario—. ¡Eras tú quien quería tenerlos! ¡Tú me pediste matrimonio!

A medida que destruía todo aquello que había significado algo para nosotros sentía que algo se liberaba dentro de mí, y cuando tiré la última foto a la basura la idea de comenzar una nueva vida no me resultaba tan terrible. Saqué las cajas donde años atrás había guardado los restos de mis sueños y volví a colocar las cosas en su lugar.

—Dejé mis clases de música por ti, ¿recuerdas? No tendrás futuro en eso. La guitarra eléctrica no le queda bien a una chica, ¡cretino!

Hacía años que había guardado aquel instrumento en la balda más alta de mi armario, y al sacarlo sentí unas intensas ganas de llorar, como si me hubiera reencontrado con una vieja amiga. Pegadas en el interior de la funda

un montón de pegatinas del vocalista de Endless Desire, mi grupo favorito cuando era una adolescente, me hicieron esbozar una sonrisa bobalicona. Busqué frenéticamente hasta encontrar mi disco fetiche y lo puse a todo volumen. La voz sensual y profunda del cantante y la potente y elegante guitarra eléctrica me pusieron los pelos de punta y me hicieron olvidar durante un rato la absoluta miseria en la que me encontraba... hasta que recordé que aún había algo de Carl en la casa: el maldito felpudo rosa que me regaló el año anterior para San Valentín. Sí, estaréis pensando que es un regalo muy cutre, y lo es, pero Carl, como buen cretino, era de los que te regalaban una batidora en Navidad.

—¿Cómo pude decirte que sí?

Me levanté de nuevo furibunda del sofá y me dirigí a la entrada, y al abrir la puerta allí estaba. Un trozo de papel, inofensivo, insulso, un panfleto publicitario más que estuve a punto de tirar junto al felpudo de no haber sido por la clara y enorme frase impresa en él:

¿Buscas la verdad? Ven a World's End y disfruta de nuestras pociones reveladoras.

Perpleja, cogí el papel y le di la vuelta. Era un folleto publicitario como cualquier otro, de un bar de carretera del que no había oído hablar jamás, el World's End. No tenía nada de especial, la fotografía mostraba el letrero de neón rosa y las puertas de madera cerradas, casi podía imaginar el olor a tabaco y alcohol y el ambiente oscuro del interior... y por alguna misteriosa razón aquello me pareció atractivo. Era la antítesis de los locales de moda que visitaba con Carl, era un lugar que él odiaría y que yo, en tiempos más amables cuando no tenía preocupaciones y presiones, habría amado.

Una sensación de ansiedad me encogió el estómago. La profunda tristeza que sentía fue barrida por una creciente curiosidad y una sensación de anticipación a la que no pude resistirme.

—¿Qué demonios? Me merezco darme un capricho.

Intrigada por lo que aquel bar de nombre inquietante podía ofrecerme, salí de casa y olvidé el maldito felpudo rosa en la entrada... pero nada de eso volvería a tener importancia a partir de ese momento.

Un movimiento a mi lado me despertó. Rezongué por lo bajo, fastidiado porque me hubiesen sacado del increíble sueño que estaba teniendo. Pasé de estar sobre el escenario, con un público enfervorecido vibrando por mí, cantando junto a mí y extendiendo sus manos hacia mi cuerpo sudoroso, a encontrarme en la cama de mi ático, rodeado de un espeso silencio. Lydia se estaba enfundando la ropa interior a mi lado, creyendo que seguía durmiendo y que sus movimientos de experta escapista no me habían despertado.

—Ey... Buenos días —dije con la voz ronca por el sueño. Lydia se dio la vuelta y me dedicó una media sonrisa. Estiré una mano para rozarle la espalda con el dorso de los dedos—. ¿Dónde vas tan pronto?

—Son más de las doce, Keith, tengo que marcharme.

Sabía que ese momento se repetiría, venía siendo así los últimos seis meses, desde que Lydia había comenzado a salir con un niño pijo con uno de esos trabajos estables a los que uno debía acudir vestido con traje. Al principio no me importó que siguiera viniendo a mi casa cuando le apetecía tener sexo con alguien que se preocupase por lo que ella deseaba y supiera dónde tenía el clítoris, pero con el tiempo aquella situación se me fue haciendo cada vez más difícil. Lydia creía que yo era un mujeriego incapaz de comprometerse y no se había esforzado lo más mínimo en conocerme más allá de la imagen que ella misma se había creado. Bien, fui una estrella del rock, pude tener todo lo que hubiera deseado, pero nunca he sido de esos que considera a las chicas poco más que coños con patas. Puede que en mis tiempos me gustasen las fiestas, que fuera amante de las drogas y el alcohol, que tuviera mis excentricidades y mis manías, pero siempre fui fiel a mis amantes... Para mí el sexo siempre ha sido algo más que orgasmos y diversión, pero mi pose y el personaje en el que yo mismo me obligué a encajar por exigencia de mis agentes me había creado una inmerecida fama de vicioso y mujeriego que diez años después de mi último disco aún me perseguía. Lydia estaba encaprichada de ese Keith que follaba bien a cambio de nada, y que siempre estaba disponible cuando su *niño bien* le fallaba.

—Seguro que puedes posponer lo que sea para mañana... Quería plantearte algo —dije con voz melosa, removiéndome sobre la cama para poner la cabeza sobre su regazo y mirarle con los mismos ojos que ponía mi

gato cuando quería comer.

—¿Y qué me querías plantear? —respondió riéndose—, ¿una tarde romántica de San Valentín? Seguro que has olvidado el día que es.

—No, no lo he olvidado, quería que saliéramos hoy.

Lydia me miró perpleja. Su ceño se frunció y necesitó unos segundos para entender lo que le estaba diciendo, como si esas palabras, en lugar de salir de mi boca, hubieran salido de la de un perro.

—¿Qué? He quedado con mi novio para celebrar este día de consumismo y estupidez, no sabía que a ti... —De pronto alzó las cejas y pareció comprender algo. Su sonrisa se ensanchó—. Aaaah, es una broma —dijo soltando una sonora carcajada—. ¡Claro! Es una broma. Qué gracioso eres..., por un momento casi me la trago.

Había tomado la decisión de invitarla en San Valentín solo tres días antes, con la intención de confesarle que me gustaba, que deseaba que no tuviera que irse siempre a toda prisa de mi cama y que estaba dispuesto a intentarlo si ella quería, pero aquella reacción me dio todas las respuestas que necesitaba y me congeló la sangre en las venas y la sonrisa en la cara.

—Sí, claro, jeje... —dije tratando de disimular y encajando el golpe lo mejor que pude—. Solo es una broma.

Lydia se apoyó en el colchón y me besó en los labios. La correspondí por pura inercia, pero sus labios no me supieron a nada. De pronto tenía la sensación de no haber despertado de mi sueño, el mundo parecía irreal, como un decorado de cartón. Vacío.

—Nos vemos este fin de semana. Dan se va de viaje, así que tendré tiempo para visitarte.

—Genial —dije con desgana, incorporándome para sentarme con la espalda pegada al cabecero—. Feliz San Valentín.

Lydia me miró extrañada, pero dejó pasar las dudas que por un momento titilaron en sus ojos. Se enfundó la chaqueta y se marchó sin decir nada más. La habitación quedó en completo silencio. Tanteé en la mesita de noche y me alcancé el paquete de tabaco. Me encendí un cigarrillo y di una profunda calada, con la cabeza tan llena de silencio como mi habitación.

Esa sensación no me había abandonado en los últimos diez años. La vida me había dado de lado, pasaba ante mí como un desfile sin sentido en el que yo no podía participar. En algún momento llegué a pensar que las drogas me

habían jodido el cerebro y por eso era incapaz de crear, así que las dejé (salvo el alcohol y el tabaco, de los que también dejé de abusar), pero la cosa no mejoró. Con los años solo fui hundiéndome más en mi agujero de nada: no tenía ideas, la inspiración no acudía a mí, era incapaz de componer nada bueno o de trabajar en condiciones, y esto acabó desembocando en la disolución de mi grupo. Mis días de gloria quedaron atrás entre intentos infructuosos por volver a ser quien fui y patéticos ensayos por ser alguien totalmente diferente. Hiciera lo que hiciera me sentía como si intentase encajarme una máscara que me venía grande. Con el tiempo llegó el diagnóstico, cuando me atreví a visitar a un terapeuta y acepté que tal vez estaba como una chota, el loquero me dijo que estaba deprimido, y que eso no tenía nada que ver con la locura: sufría la enfermedad del siglo XXI, la pandemia de tristeza que mata a miles de personas alrededor del mundo.

A veces no encontraba fuerzas para levantarme de la cama, pero últimamente había conseguido recuperar ciertas ilusiones. Me había atrevido a imaginar una vida con otra persona, un compromiso, tal vez un proyecto mutuo. Cometí el error de hacerlo con Lydia, pero antes de ella había tenido otras relaciones que habían quedado en nada, o que se desgastaban antes incluso de que pudiéramos llegar a plantearnos ciertas cosas.

En ese momento los diez años de vacío parecían desfilar ante mí convertidos en silencio. Eran el vacío que dejaban las notas por tocar, las estrofas por cantar. Mi voz había muerto hacía tiempo, y con ella, concluí, también habían muerto todos mis encantos.

En algún momento me quedé dormido.

El pitido del móvil rasgó el silencio como una sirena atronadora. Me sobresaltó y me irritó que me arrancase de una forma tan violenta del sueño sin sueños en el que me encontraba, y lo agarré para ver si era un mensaje personal. Al desbloquear la pantalla vi que era un correo de spam. Deslicé el dedo para borrar el mensaje, pero me detuve al ver el asunto:

World's End, donde reside lo verdadero.

No era más que un reclamo publicitario. Un buen gancho. En otros tiempos yo mismo sabía crearlos, pero por alguna razón aquellas palabras llamaron poderosamente mi atención e hicieron que tocase con el dedo el mensaje para abrirlo. Dentro había fotografías de un local de carretera, un bar con letras de

neón rosa que me recordaba a los garitos en los que pasé mi juventud, fumando porros, bebiendo cerveza y tocando en bolos mal pagados. No tenía nada de especial, pero las frases al final del documento bailaron en mi cabeza como un hechizo una vez leídas.

¿Buscas la verdad? Ven a World's End y disfruta de nuestras pociones reveladoras.

Tiré el móvil sobre la cama y me cubrí con las sábanas. Pasaría el día durmiendo, me levantaría a medio día y comería un sándwich rancio de jamón cocido, y me pasaría la tarde viendo Netflix, sin pensar en el sinsentido que era mi vida. Pero aquellas palabras siguieron danzando en mi cabeza. ¿Qué demonios era una poción reveladora? ¿Y por qué quería descubrirlo? Seguro que en aquel bar no encontraría más que una barra pegajosa y un camarero gordo y calvo sirviendo cerveza a un montón de parroquianos sin modales, pero esa convicción no evitó que acabase cogiendo de nuevo el móvil para comprobar la ubicación del lugar.

—Bien..., solo está a tres horas de aquí en coche. No tengo nada mejor que hacer que pasarme tres horas conduciendo para tomarme una cerveza.

Ozzy, mi gato, subió en ese momento a la cama y soltó un maullido que sonó a afirmación.

Hasta él sabía que aquello era cierto.

Mientras conducía, siguiendo las indicaciones de la voz del Google Maps, que con un tonillo absurdamente alegre me iba guiando por carreteras cada vez más dejadas por la mano de Dios y del gobierno, reprimía las ganas de coger el teléfono y llamar a Carl. Quería que me respondiera a algunas preguntas, ¿tan poco había significado lo nuestro para él como para dejarme con un cutre mensaje de Whatsapp? ¿Tan agobiado se sentía que usaba una excusa tan débil como lo de los hijos para dejarme? Yo nunca le exigí nada, e incluso cambié cosas de mí misma para agradecerle a él. Ese era un buen resumen de nuestra relación, yo me había dejado anular, y ahora era desechada como un pañuelo usado. Me sentía ridícula, y de pronto me di cuenta de por qué tenía miedo de llamarle: temía ser tan débil como siempre y acabar suplicándole, hasta el punto de que ni siquiera iba a atreverme a quejarme por lo que me había hecho.

De nuevo me sentí tan enfadada que esa emoción me dio la energía que necesitaba para hacer lo que debía. Activé el manoslibres y comencé a llamar al número de Carl. Al principio no respondió, pero al final su conciencia debió empujarle a coger el teléfono.

—Olimpia, no quiero hablar...

—Me importa una mierda lo que tú quieras, Carl, igual que a ti te ha importado una mierda cómo me sintiera yo con esto. Tengo un par de cosas que decirte y me vas a escuchar.

—¿Qué estás...?

—Cállate. Yo nunca he querido tener hijos contigo, eras tú el que me presionaba con ello con tus constantes preguntas sobre mi idea de futuro. ¿Recuerdas aquella vez en la que te insinué que no sabía si alguna vez querría y me amenazaste con dejarme en un futuro? Te dije que solo estaba confusa y que en realidad sí quería para contentarte, pero ¿sabes? No te mereces nada de lo que te he dado ni de lo que podría haberte dado. Lo has tenido todo de mí, y ahora me desechas en el día de San Valentín como si fuera un mueble viejo. Vete al infierno, gusano.

Solté todo aquello casi sin respirar y colgué golpeando con furia la pantalla del móvil. Encendí el reproductor, puse la música a todo volumen y pisé el acelerador, volando sobre la carretera que parecía perderse en un horizonte infinito, sintiéndome libre por primera vez en mucho tiempo.

Las imágenes de mi vida pasaron ante mí como si fueran el sueño de otra persona. A medida que los kilómetros me separaban de la ciudad y me internaban en la noche que caía, sentía que me alejaba de un espejismo que me había atrapado durante demasiados años y durante un rato me dediqué a disfrutar de aquella extraña catarsis.

—Ha llegado a su destino —dijo la voz cantarina del navegador.

El aparcamiento estaba vacío, si es que a aquello se le podía considerar tal cosa. Detuve el coche en el descampado donde un par de farolas apenas iluminaban el suelo de tierra. Cuando la música paró, el silencio del lugar me inquietó. Ya era de noche, y hacía mucho rato que había abandonado cualquier rastro de civilización. Allí, en medio de aquella zona desértica, solo en medio de la noche, se alzaba un edificio de una sola planta que reconocí a la perfección. Sobre la puerta de madera, ocupando gran parte de la zona superior de la fachada se leía en neón rosa: World's End.

Había llegado a mi destino, y un repentino miedo me atenazó el estómago cuando la razón llegó a mí tras aquel viaje enajenado a través de la carretera perdida.

—¿Qué hago aquí?

Era el mejor lugar para que me mataran. Si me tiraban en una zanja en el desierto no me encontrarían en un millón de años. Y tampoco nadie escucharía mis gritos de auxilio. ¿Es que me había vuelto loca? Me había dejado llevar por una frase en un folleto publicitario, y sabía a la perfección que aquello no tenía sentido, pero en mi cabeza no dejaba de repetirse la misma pregunta: ¿Buscas la verdad? Y mi mente respondía como un mantra: Sí, sí, sí, sí.

¿Pero qué verdad podía haber en un bar de carretera en medio de la nada? ¿Y cuál era la verdad que yo buscaba? Tal vez solo estaba desesperada por encontrar algo a lo que aferrarme. En un solo día todos mis planes de futuro se habían ido al infierno y sentía que el mundo entero se desmoronaba a mi alrededor.

Si no encontraba la verdad, al menos podría emborracharme hasta olvidarlo todo.

—No he llegado hasta aquí para volverme a casa. Qué diablos.

Hice una pelotita con aquel miedo y la lancé lejos de mí. Al fin y al cabo, se perdería poco si acababa en aquella zanja imaginaria, y había conducido

demasiadas horas como para olvidarme de aquello. Resuelta, bajé del coche y me encaminé hacia las puertas. Al acercarme para empujarlas me di cuenta de que los cristales parecían las vidrieras de una antigua iglesia, y por alguna razón misteriosa, eso me hizo sentir más segura en aquel lugar.

Una suave música country me recibió al entrar. No reconocí la tonada de aquella canción, pero era envolvente, un poco melancólica... como un abrazo de bienvenida al regresar a casa tras un largo viaje. El interior del local era acogedor, olía un poco a tabaco, pero había un extraño perfume imponiéndose a todo, dulzón y agradable, que me recordó a un templo. Los suelos y el mobiliario eran de madera, había reservados con los asientos acolchados y separadores con vidrieras de colores, una barra larga iluminada por pequeñas lámparas de luces doradas, y allí, limpiando la superficie de madera oscura, un señor de larga cabellera y pelo blanco.

No había nadie más. Me acerqué con cierta cautela, dubitativa. Aquel hombre vestía vaqueros, una camisa blanca y un chaleco gris. Era bien parecido, y lucía una barba arreglada, plateada como sus cabellos. Estaba claro que el señor estaba entrado en edad, pero era incapaz de definir cuántos años tenía, y me sorprendí pensando que era guapísimo. Cuando levantó sus ojos hacia mí, el color dorado de sus iris me impactó, y me costó reaccionar y comenzar a hablar. Nunca había visto una mirada igual.

—Ah... ¿Me pone una Coca-Cola? —balbucí.

—Me temo que no sirvo ese mejunje, señorita, pero tengo algo mejor.

—¿Tequila? —aventuré. No quería comenzar tan pronto, pero...

—No, algo mucho mejor, uno de nuestros cócteles especiales de la casa.

—¿Qué llevan? —pregunté curiosa.

—Es un secreto, no puedo revelarlo, pero te aseguro que te gustará, y tal vez revele verdades ocultas en tu corazón.

Le miré perpleja, pero él se limitó a sonreír y a agarrar la coctelera, como si supiera de antemano que iba a aceptar.

—Esa estrategia de marketing no parece funcionar muy bien, por lo visto.

—Aquí solo viene quien debe venir. Y siempre por una buena razón.

—Emborracharse —dije con cierta sorna. Lo que el hombre decía me inquietaba, y a la vez me provocaba una ansiedad euforizante. Quería saber si aquello era más que un reclamo publicitario—. De acuerdo, ponme uno —cedí

al final.

No era muy sensato por mi parte aceptar cualquier cosa que aquel hombre quisiera darme, pero al mirarle era incapaz de sentir desconfianza hacia él por mucho que mi parte racional me repitiera que debía tener cuidado. Al fin y al cabo, estaba en el fin del mundo, por lo visto, y hasta allí llegaba poca gente. Aunque pensé en la siniestra escena que me inspiró el aparcamiento de mi propio cuerpo tirado en el desierto, sentí que aquello era poco más que una fantasía delirante y que allí estaba segura.

El camarero cogió varias botellas del expositor de cristal que tenía a sus espaldas y comenzó a colocarlas sobre la barra. No conocía ninguna de aquellas bebidas; ninguna tenía etiquetas, y sus colores eran intensos y variados, iban desde el rojo sangre al púrpura, pasando por el rosa y por el verde radiactivo. Mezcló el contenido de varias botellas dentro de una coctelera plateada y la cerró para agitarla enérgicamente, lanzándola al aire y haciendo un par de malabares con mucha gracia.

Cuando quise darme cuenta estaba mirándole fascinada.

—*C'est voila*. Tu poción está lista —dijo al servir el contenido, de color rosa y brillante, en una copa.

El hombre de ojos dorados me tendió la copa, y yo la cogí sin pensar. Su mirada profunda y atemporal estaba puesta en mí, y me pareció que sus ojos brillaban como gemas engastadas. Mi corazón se aceleró, cerré los párpados y tomé un trago de aquel brebaje de olor dulzón.

El sabor era increíble, dulce y un poco ácido, con un toque amargo de vino al fondo y unas notas de algodón de azúcar. No me recordó a nada que hubiera probado antes y, sin embargo, trajo a mi mente una avalancha de emociones... Esas emociones provenían de recuerdos, mi corazón se hinchó de felicidad de pronto, sentí que una ilusión antigua que había permanecido aletargada se abría como una flor en mi corazón, y viejos y nuevos sueños se desperezaron en mi mente, titilando como estrellas en un nuevo amanecer.

Entonces alguien abrió la puerta, y el hombre de ojos dorados sonrió con un aire misterioso.

Cuando volví la mirada hacia el nuevo cliente tuve la certeza de estar alucinando. Esa bebida debía llevar algún psicotrópico. Allí plantado, enfundado en unos pantalones de cuero negro y una chupa llena de parches, con la melena rubia y lacia suelta, sus ojos azules y su rostro varonil, estaba

Keith Andrews, el cantante de Endless Desire, mi primer amor, mi primera fantasía sexual..., mi ídolo de adolescencia.

«Si esto es fruto de las drogas...», pensé, «¡que vivan las drogas!».

...

Al principio me sentí decepcionado. En el aparcamiento de aquel lugar perdido solo había un coche, lo que auguraba un rotundo fracaso de aquella extraña campaña de publicidad que tanto había llamado mi atención. En el interior del local la cosa no cambiaba, pero mi percepción sí lo hizo. Me sentí bienvenido, y el olor a madera y a... ¿sándalo?, me envolvió con una sensación familiar, como si hubiera estado antes en aquel lugar, o en lugares semejantes, aunque tenía la certeza de que eso jamás había ocurrido.

Que el local estuviera casi vacío dejó de importarme, en especial cuando fijé mi atención en la chica que, sentada en la barra, me miraba como si Jesucristo hubiera bajado del cielo y se hubiera presentado ante ella. Aquella intensa atención me dejó unos instantes clavado en el lugar, pero lo que verdaderamente me impresionó fueron sus ojos. Eran tan verdes y claros que parecían brillar bajo las luces tenues de las lámparas que colgaban del techo, y su pelo, tan rubio que parecía blanco, caía en una cascada de bucles esponjosos. Iba vestida con unos tejanos negros y un jersey de cuello amplio, nada en ella habría llamado mi atención en otras circunstancias, pero ahí plantado tuve la certeza de que llevábamos mucho tiempo esperándonos... y de que yo había visto aquellos ojos en otra ocasión.

Cuando me acerqué, la chica se mordió los labios y apartó la mirada, azorada. Solo entonces me di cuenta de que no estábamos solos, y de que tras la barra un señor de pelo blanco y ojos dorados agitaba una coctelera con una misteriosa sonrisa. Fruncí el ceño, sentándome con un gesto cauteloso en el taburete que permanecía justo al lado de ella.

—Bienvenido al World's End —dijo el camarero, y sin darme tiempo a pedir nada puso ante mí una copa, abrió la coctelera y volcó en ella su contenido: un líquido rojo, transparente, que parecía resplandecer.

—Ah, gracias.

Acepté la copa y el señor asintió complacido, esbozando una enorme sonrisa de satisfacción.

—¿No vas a preguntarle qué es? —dijo entonces la chica, que volvía a mirarme con fijeza. Tenía los labios llenos y sonrosados, y el rostro en forma

de corazón. Debía tener mi edad, más o menos, apenas superando la treintena.

—No. No creo que pueda matarme —respondí, y di un sorbo a aquella mezcla, volviéndome hacia ella en el asiento—. Y si lo hace, ya he vivido suficiente.

El sabor hizo que se me erizasen los pelos de la nuca. Un calor embriagador descendió hasta mi estómago y luego se esparció por todo mi cuerpo, lentamente y con una sensación tremendamente agradable. Sentí que algo bajo mi esternón dejaba de presionar, como si un nudo se hubiera aflojado.

—No digas eso. Seguro que la vida te tiene reservadas grandes cosas... aún —respondió ella, y desvió de nuevo la mirada con un extraño pudor.

—Disculpa... ¿te conozco? —no pude evitar preguntarle. Aquella sensación era cada vez más fuerte.

—No, tú a mí no, pero yo a ti sí. Eres Keith Andrews.

No era una sorpresa. Por lo general odiaba que me reconocieran porque seguido a eso venían las preguntas inevitables: ¿cuándo volverás a la música? ¿Volveréis a tocar? ¿Por qué disolvisteis el grupo? Esperé a que ella hiciera alguna pregunta semejante, pero no lo hizo, solo me miró con sus increíbles ojos verdes que, al mirarlos más de cerca, parecían llenos de estrellas.

—Sí, ese soy yo, creo —dije forzando una media sonrisa y mirándola con extrañeza. Ella ya no apartaba la mirada de mí—. ¿Cómo te llamas?

—Olimpia —respondió enseguida.

—¿Olimpia qué más? —inquirí. Su nombre tenía un sabor conocido, como la resonancia de una canción ya olvidada.

—Olimpia Evans.

Encajó como un acorde perfecto, y la canción acudió a mi cabeza. Porque Olimpia era una canción, yo la escribí, la llamé *Sueños de verano* en honor a los poemas que durante más de cinco años, la chica que tenía sentada frente a mí me escribió durante cada verano.

—¿Eres la chica de los poemas...? —aventuré. Tal vez era otra Olimpia. Puede que solo fuera una coincidencia, pero cuando sus ojos se iluminaron con una emoción cálida e intensa, empañándose, me di cuenta de que había dado en el clavo.

—¡Sí! Dios mío..., qué vergüenza —dijo tapándose los ojos. No pude

evitar reírme.

—No tienes nada de qué avergonzarte, tus poemas eran muy buenos.

—¡No! Eran los poemas de una adolescente dramática y con las hormonas revolucionadas.

—Es la mejor época para escribir desde las tripas, ¿no te parece?

Sonreí y di otro sorbo a la extraña bebida. El calor aún permanecía dentro de mí, recorría mis venas como una caricia energizante.

La chica levantó la mirada, apartando los dedos de sus ojos. Tenía las mejillas sonrosadas y aquella sensación de familiaridad se hizo más fuerte. De ella solo conocía sus poemas, nunca había visto su rostro ni me había enviado fotografías, y sin embargo...

—La verdad es que nunca he sentido nada con tanta intensidad como en aquella época... —respondió.

—Olimpia..., perdona, pero tengo la sensación de que nos hemos visto antes, ¿lo hemos hecho? —no pude evitar preguntarle de sopetón.

—No, no creo que tú me vieras nunca, aunque fui a muchos de tus conciertos, había demasiada gente para que te fijases en mí.

Debía ser eso. Tal vez la había visto en mis conciertos, y su rostro de alguna manera se había quedado grabado en algún rincón de mi memoria. A veces me ocurría, había partes de mi vida que apenas eran un sueño distante, empañado por las drogas y el ritmo frenético que por entonces llevaba. No echaba de menos esas cosas, el estrés y el abuso al que sometí a mi cuerpo, pero sí echaba de menos la música..., al público, la inspiración que me brindaba. El motivo para vivir.

Algo se estaba agitando en mi interior en ese preciso momento. Los recuerdos de aquellas emociones se prendían como los rescoldos de una vieja hoguera.

—De haberlo sabido, lo habría hecho. Te escribí una canción —dije esbozando una media sonrisa.

Sus ojos se iluminaron una vez más, y me pareció que incluso su rostro rejuvenecía, al mismo ritmo al que lo hacía mi corazón.

...

—*Sueños de verano* —dije sin dudar, aunque no podía dar crédito a nada.

Lo que estaba ocurriendo era un sueño. Debí quedarme dormida en casa,

después de recoger las cosas, y ahora estaba alucinando con viejos anhelos y recuerdos perdidos, pero era demasiado real. Keith no era aquel joven descarado que veía en la pantalla del televisor, sus rasgos habían madurado, ahora era un hombre con una profundidad nueva en los ojos, que eran como un océano azul. Había algo quebrado en su mirada, el dolor de una herida que se esforzaba en ocultar con esa media sonrisa tan atractiva. Aún tenía el pelo largo y abundante, sí, pero su mandíbula estaba cubierta por una barbita de varios días y las arrugas que empezaban a salirle alrededor de los ojos acentuaban esa madurez en su mirada. Sus labios seguían siendo los mismos, seductores, siempre dispuestos a sonreír con una nota canalla, siempre tentando a ser besados.

No podía creerlo, pero le tenía delante, y si extendía los dedos podría tocarle.

—Creí que era una de mis fantasías... Siempre imaginé que me cantabas esa canción a mí.

—Y, de hecho, lo hacía. Tus poemas me inspiraron en muchas ocasiones —respondió él, y casi me quedé sin aire—. Esto tiene que tener algún significado... ¿no crees?

Asentí, mirándole hipnotizada. Una ansiedad creciente me encogía el estómago y hacía que mi corazón se acelerase. Mis emociones se dispararon con claridad, como si durante años hubieran estado silenciadas, cubiertas por una tela mojada y pegajosa que impedía que fuera consciente de ellas.

—Tal vez... el universo cometió un error y ahora lo está subsanando —dije sin pensar, mirándole a los profundos ojos azules.

—Creo que el mundo vuelve a girar... y este es su centro —respondió él. Su perfume me llegó con claridad cuando se inclinó hacia mí, tan despacio que no me di cuenta de lo cerca que estábamos hasta que el olor a cuero y madera inundó mis fosas nasales.

Tenía razón. El mundo volvía a girar, pero no existía más allá del punto en el que nos encontrábamos. Ya nada importaba, ni Carl, ni mi trabajo, ni todo el tiempo que había pasado luchando por una vida que en realidad no deseaba. Mis sueños brillaban ante mí, estaban allí, en los ojos de quien me miraba, de aquella aparición de cabellos rubios y voz profunda. Éramos el centro de gravedad, y nos atraíamos el uno al otro. De alguna forma, entre las palabras de mis cartas, en los espacios que nos separaban, en las notas que me

dedicaba sin saber que me tenía delante, esa verdad había brillado siempre, esperando a ser revelada.

Un silencio lleno de significado se había establecido entre los dos. Esa fuerza irresistible que sentíamos hablaba por nosotros, era la gravedad que nos había hecho coincidir y que hacía que nuestros universos girasen al unísono. Nuestras miradas se atrapaban mutuamente, y cuando sus dedos rozaron mi cuello sentí que mi cuerpo despertaba de un largo letargo. La piel se me erizó, mi corazón comenzó a bombear con fuerza y un hormigueo efervescente y caliente me recorrió hasta condensarse en mi vientre, transformándose en una sensación cálida y húmeda entre mis piernas.

Carl jamás había conseguido algo parecido tan solo con tocarme, pero este hombre estaba haciendo magia. Una intensa ansiedad se agitó en mi pecho y no pude aguantarlo más. Me incliné y le besé, presionando con mi boca contra la suya y quedándome quieta al principio, temerosa de que me rechazase o de haberme precipitado.

Entonces sus dedos se deslizaron por mi melena. Sentí como el bello de mi nuca se erizaba y un estremecimiento me sacudió de arriba abajo. Su boca se abrió, sus labios duros y cálidos separaron los míos con un gesto seguro, y su lengua lamió mis labios antes de internarse en mi boca, seductora. Sabía dulce y ácido, aún tenía el sabor de esa bebida misteriosa en la piel, y aquello hizo que un hambre intensa se aferrase a mis entrañas.

Le necesitaba. Le había necesitado siempre, sin ser consciente, dándolo por imposible. Y si era un sueño, entonces tenía que exprimirlo hasta sus últimas consecuencias.

...

En la boca de Olimpia había un vergel. Un manantial oculto que despertó mis sentidos en cuanto sus labios me tocaron. Sentí que la vida se abría ante mí, y una fuerza olvidada se revolvía en mi pecho, pugnando por liberarse. Todas las canciones olvidadas volvieron a mi cabeza, sonando al unísono en un coro atronador. Era mi corazón, latiendo a un ritmo descontrolado, cantando por primera vez después de tanto tiempo en silencio.

Sus labios sabían a frutos jugosos, a caramelo y alcohol. Su melena parecía hecha de hilos de seda y un perfume a flores blancas me provocó un escalofrío placentero en aquella intensa cercanía. En ese instante podría haberme sentado a escribir, si no fuera más acuciante devorar su boca

anhelante, si la excitación no me hubiera puesto duro como la piedra, si tenerla allí no hubiera sido lo más urgente que había sentido en mi vida, lo habría hecho, habría compuesto la mejor canción de mi maldita vida. Sin embargo, tuve la sensación de que lo estaba haciendo cuando un gemido brotó de su garganta.

Me puse en pie y rodeé su cintura, acercándome más a ella y apretando su cuerpo contra el mío. Sus cuervas llenas me llamaban a recorrerlas y el beso apasionado que compartíamos me estaba arrebatando todo raciocinio. Gracias a la providencia, o a su propia discreción, el camarero había desaparecido, y allí no había más testigos que nosotros mismos cuando deslicé las manos por debajo de su jersey y su camisa interior y abrí los dedos en su piel aterciopelada. Ella volvió a gemir, y cada uno de sus gestos fue como una nota precisa en mi mente. La música se ordenó en mi interior, y sabía cuales eran las siguientes estrofas.

—Quiero follarte... —susurré en su oído. Ella jadeó en mi cuello. Sus dedos se abrieron temblorosos sobre mi pecho y me miró con los ojos brillantes de deseo. ¿Estaba embriagada? ¿Lo estábamos los dos? Tal vez, pero estaba seguro de que aquello no era un error. De que todo era tal y como debía ser.

—Hazlo —respondió ella, cerrando una mano en mi melena y tirando de mí hacia ella repentinamente con un gesto exigente—. Necesito que lo hagas. Llevo toda la vida esperándote.

Era la único que necesitaba. La estreché contra mí y volví a adueñarme de su boca, besándola profundamente, hundiendo la lengua en ella y recreándome en cada matiz de su sabor. Al separarme, le quité el jersey y la camisa interior de un tirón y posé los labios en su cuello desnudo. Sentí como su piel se erizaba y la lamí, atrapándola para succionar. Un nuevo y maravilloso gemido brotó de sus labios. Ella comenzó a tirar de mi chaqueta, la ayudé, desprendiéndome de la prenda y tirándola al suelo. Sus manos se colaron bajo mi camiseta y pronto también me liberaron de ella, dejándome con el pecho desnudo ante ella. Sus dedos se abrieron sobre mis pectorales y los estrecharon anhelantes, se cerraron en mis pezones, juguetones, y retorcieron con suavidad, provocando que se endurecieran y que un escalofrío me erizase los poros.

La miré con una sonrisa canalla y genuina, un gesto que normalmente me salía natural por lo ensayado que lo tenía, fue totalmente real en ese momento.

Quería seducirla, mostrarme ante ella y que me adorase como cuando era una adolescente a los pies del escenario, pero en sus ojos no había ese brillo subyugado, lo que había era algo maduro, un deseo consciente y controlado con el que no solo se ponía a mis pies, sino que me reclamaba y me ponía a mí a los suyos.

Mirándome fijamente, clavó las uñas en mis pectorales y me arañó suavemente hasta alcanzar la cinturilla de mi pantalón. Vi sus intenciones, pero no la dejé actuar. La agarré de las muñecas y le di la vuelta con un movimiento brusco, poniéndola contra la barra.

—No vayas tan rápido..., tengo algo que hacer contigo antes —susurré en su oído, apartándole el pelo del cuello mientras embestía lentamente con mis caderas contra su trasero. La sentí estremecerse, y se debatió hasta soltar la muñeca que aún mantenía agarrada. Entonces se agarró de la barra y arqueó la espalda como una gata en celo.

—Si no te das prisa seré yo quien te... —le mordí el cuello y un gemido interrumpió sus palabras.

Metí la mano en su pantalón, agarrándole el trasero con firmeza, y sin darle tiempo deslicé los dedos por debajo de sus bragas. Con la mano apretada por el tejano contra sus nalgas, acaricié con los dedos entre ellas hasta que noté que la humedad los hacía resbalar.

—Estás mojada —murmuré en su oído, y le dediqué una caricia lenta y resbaladiza a la que ella respondió con un gemido lento y delicioso. Sentí como mi miembro crecía más atrapado en mis pantalones, deseoso por recibir atenciones.

Lo ignoré, cogiendo mis propias riendas con firmeza para disfrutar de ese momento sin que la urgencia que sentía lo precipitase todo. Quería probar hasta el último rincón del cuerpo de Olimpia, quería saber si su sabor era tan dulce y profundo como las palabras que en el pasado me había dedicado.

Tiré de la cintura de su pantalón y se lo bajé, llevándome con él las bragas, hasta descubrir su redondeado trasero. Agarré sus nalgas con ambas manos mientras lamía su hombro y mordía la piel suave y fragante. Entonces sentí el sabor dulzón del licor, y vi cómo el líquido rojo y brillante descendía desde su hombro, donde ella estaba derramando la extraña poción que el camarero me había servido. Mi lengua tomó el néctar y lo saboreó, pegada a la piel que parecía intensificar su sabor y su aroma.

Algunas gotas se precipitaron, dibujando sus formas, colándose en el surco perfecto de su espalda hasta perderse en el pliegue entre sus glúteos. Lamiendo aquella línea rojiza, recreándome en el intenso sabor de su piel húmeda, seguí aquel camino con creciente gula, succionando y saboreando hasta quedar de rodillas tras ella.

...

Me mordí los labios cuando todo mi cuerpo se tensó al sentir su aliento rozar la piel de mi trasero. Sus dientes se cerraron con suavidad en mi carne, luego succionó con los labios, provocando un sonido chasqueante que me hizo desearle más. El calor de sus dedos cerrados en mis glúteos me excitaba como nada lo había hecho antes, y sentí una sensación líquida recorrer la parte interior de mis muslos.

—Dios mío... —jadeé, y le escuché reír detrás de mí con un ronroneo lento.

Cuando me separó las nalgas creí que me moriría de deseo, y cuando su lengua se deslizó sobre la piel mojada de mi sexo, en esa postura, con su rostro hundido entre mis glúteos, a punto estuve de estallar sin que tuviera que hacer nada más. Comencé a respirar aceleradamente, y tuve que agarrarme del otro extremo de la barra, concentrándome para no correrme en ese preciso momento.

El tacto ardiente de su lengua me recorrió de arriba abajo y comenzó a deslizarse entre mis pliegues. Resbalaba, contribuyendo con su saliva a la humedad que ya me empapaba por completo, y el placer era tan intenso que a duras penas podía resistir la tentación de abandonarme. Los dedos de Keith se abrían y cerraban en mi trasero, amasándolo mientras hundía la lengua en mi interior y la retorció. Gemí sin contención, olvidándome por completo de dónde estábamos, de quién podría estar escuchando o viéndonos, y cuando estaba tocando el cielo con los dedos, él sacó la lengua y succionó los labios de mi sexo. Respiré aceleradamente, parpadeando con fuerza.

—Aún no..., Olimpia. Date la vuelta.

Lo hice, mientras él me sacaba las botas a tirones y terminaba de arrancarme los pantalones. Hundí una mano en su melena y le agarré, arqueándome hacia atrás mientras me separaba las piernas y se ponía una sobre un hombro, acomodándose allí de rodillas ante mí. Me agarré de la barra con el otro brazo, y cuando su boca se cerró sobre mi clítoris solté otro

gemido de genuino placer, apoyando la espalda contra la barra mientras él succionaba una y otra vez. Cuando su lengua comenzó a dibujar rápidos círculos alrededor del nódulo endurecido y palpitante, me tuve que morder los labios. Me tensé por completo y sentí el calor abrasador subiendo desde mi vientre, contrayéndome por completo con un latigazo incontrolable.

—No, aún no, Olimpia. Aguanta un poco más —dijo él apartándose apenas de mi sexo y mirándome con sus ojos azules llenos de deseo y hambre. Verlo allí abajo, mirándome así, me hacía muy difícil darle lo que quería, y, aun así, asentí.

—Lo intentaré...

Él me miró con un aire depredador que me hizo estremecer, y volvió a hundir la lengua entre mis pliegues, cerrando los ojos con un gesto concentrado y gozoso que hizo mis delicias. Carl solía hacer aquello por compromiso, y no recordaba un solo hombre que me hubiera comido como Dios manda. Pero Keith me estaba llevando al cielo con unos pocos movimientos de su lengua.

Me agarré bien de su pelo, arqueándome con cada estremecimiento, y creí enloquecer cuando sentí sus dedos deslizarse hacia mi interior. Me contraje y los atrapé cuando empezaron a moverse y su lengua aceleró sus resbaladizas caricias sobre mi clítoris, entre succiones y lametones. Comencé a sentir que me faltaba el aire y el corazón me latía sin ton ni son cuando sus dedos comenzaron a entrar y salir de mi vagina con más velocidad, brindándome caricias intensas que estaban tocando en un punto caliente donde parecía condensarse todo el placer. Sentí vértigo entonces, una sensación ardiente estalló en ese punto y sentí que me rompía por completo, que algo en mi interior estallaba y se abría, liberando el placer a borbotones, ardiente, líquido y espasmódico, en un chorro que brotó de mí sin que pudiera detenerlo. Las contracciones de mi cuerpo me pillaron por sorpresa, perdí el control absolutamente, y Keith tuvo que sujetarme con firmeza, sosteniéndome por la pierna mientras me apoyaba contra la barra. Me miraba exigente, sin dejar de sacar y meter los dedos en mi interior. Ni siquiera me sentí avergonzada cuando vi lo que había pasado, yo solo podía gemir y agitarme, agarrarme de la barra como si fuera a desplomarme. Las piernas me fallaban, el intenso placer me impedía respirar con normalidad. Keith sacó los dedos y besó mi pubis. Estaba empapado, su pecho salpicado por el líquido transparente que había brotado de mí como un torrente... y por primera vez en

mi vida entendí en toda su magnitud el significado de la palabra correrse.

...

—Qué... ¿Qué ha sido eso? —Olimpia me miró, confusa y embriagada. Tenía el pelo revuelto y el cuerpo húmedo de sudor. El resultado de mis atenciones aún goteaba por sus piernas y mi pecho.

Me sentía orgulloso. Orgulloso y tremendamente excitado por lo que acababa de hacerle.

—Solo el principio —respondí, poniéndome en pie para besarla.

Mi boca tenía su sabor, mezclado con las notas dulces del cóctel que ella había derramado por su espalda. Aún estaba mareada, así que le di tiempo, ahondando despacio en su boca mientras la rodeaba con mis brazos y la agarraba de la cintura, levantándola. Ella me abrazó, respondiendo torpemente a mi beso y rodeándome las caderas con las piernas. En esa posición solo tenía que bajarme los pantalones y penetrarla, pero no me precipité. La agarré con firmeza y la aparté de la barra, llevándola hasta la mesa de billar iluminada por dos lámparas industriales que había a un lado de la sala.

Allí seguía sin haber nadie, pero en mi cabeza no había aparecido un solo momento la posibilidad de que alguien pudiera pillarnos así. Si lo hubiera hecho, tampoco me habría importado. El camarero hacía rato que no daba señales de vida y, por extraño que fuera, aquello no me alarmó lo más mínimo.

La senté sobre la mesa y me di cuenta de que aún llevaba puesto el sujetador, una pieza negra de encaje que apenas contenía sus pechos generosos. Se lo quité con la maestría que da la experiencia y deslicé las manos por su espalda al tumbarla sobre la superficie aterciopelada de la mesa de juego. Ella arqueó la cintura y se contoneó provocativa. Cerré las manos sobre sus senos, acariciándolos y estrechándolos hasta hacerla gemir.

—Quiero más... —susurró, estirando los brazos y mostrándose para mí, como una ninfa tentadora, con el pelo abierto sobre la superficie verde.

Era una sirena cuyo canto no podía ignorar... y no quería hacerlo. Me abrí los pantalones y con gran alivio me saqué la polla de un tirón. La tenía dolorida por la excitación, dura como una barra de hierro. Olimpia se incorporó y cerró los dedos a su alrededor, agarrándome con firmeza, y tuve que apretar los dientes y reprimir un gemido cuando empezó a tocarme, mirándome a los ojos.

—Deja que haga algo por ti antes...

...

Me temblaban las piernas, pero no me importó. El tacto de su sexo contra mis dedos despertó en un mí un deseo acuciante. Quería tenerle dentro, pero también quería devolverle lo que había hecho, torturarlo un poco y disfrutarle hasta el último centímetro, así que, mirándole fijamente, sintiendo el poder que ejercía sobre él, me arrodillé en el suelo entre él y la mesa de billar y recorrí su miembro con una larga y lenta caricia.

Sin duda debía ser un sueño. Su sexo era tan perfecto como lo había imaginado cientos de veces, era largo y firme, estaba muy duro y en la piel tersa apenas se marcaban algunas venas. Apuntaba hacia arriba con la cima redondeada y rosada, y hasta su color era apetecible. Estaba caliente al tacto, y cada una de mis caricias lo hacía palpitar. Incluso su olor era agradable, almizclado y excitante, con un punto picante que me hizo salivar. Nunca había tenido tantas ganas de hacerle eso a ningún tío, pero Keith no solo se había entregado a fondo conmigo, realmente despertaba todos mis instintos, lo había hecho siempre... y aunque nunca nos viéramos antes, con él viví mi despertar sexual, y ahora lo estaba llevando a la realidad. Todas mis fantasías se materializaban ante mí en ese instante, y ya no me preguntaba si era un sueño o no.

Mirándole a los ojos, abrí la boca y saqué la lengua, le rocé con ella y observé su expresión, como cerraba los ojos y tensaba la mandíbula, y respiraba con fuerza. Cuando le recorrí cuan largo era con la lengua, le vi estremecerse y un gemido contenido vibró en su garganta. Entonces, de un solo movimiento, me lo metí en la boca y succioné. Comencé a mamar como un cachorro hambriento, y él se tuvo que agarrar del borde de la mesa de billar. Una de sus manos se cerró en mi pelo, y sentí como se reprimía para no empujarme hacia él. Yo misma lo hice, le llevé más lejos en mi garganta y le apreté contra mi paladar con la lengua, saboreándole a fondo.

Sabía salado, un poco amargo y picante. Era agradable y excitante, y cuando más le saboreaba más quería de él. Movía la cabeza rítmicamente, y le agarré con los dedos para ayudarme, siguiendo el ritmo de los latidos de su sexo, que a duras penas cabía en mi boca.

Yo seguía excitada, y cuanto más le devoraba, más se acumulaba el calor entre mis piernas. Me pregunté si podría correrme solo haciendo eso, solo chupándole de esa forma, excitándome hasta el límite con sus expresiones extasiadas cuando abría los ojos y los fijaba en él.

—Para... Para o no voy a poder... —sus palabras se desdibujaron en un gemido y me soltó el pelo para agarrarse de la mesa, arqueándose mientras ponía toda su voluntad en aguantar.

Me aparté con un resuello. No quería que aquello terminase, y dejé de torturarlo. Él bajó una de las manos y me acarició los labios, limpiándolos de la humedad que los cubría. Cuando me puse en pie, sus labios me recibieron con un beso ardiente y conquistador.

...

Estaba al borde del colapso. Aquella boca que ahora saqueaba y de la que bebía con ansiedad me había llevado al borde de la ruptura, y durante unos instantes necesité recuperar el control. La agarré de las muñecas cuando volvió a rodear mi miembro con los dedos y se las llevé a la espalda empujándola con mi cuerpo contra la mesa y soltándola para agarrarla del trasero, levantarla a pulso y sentarla en el borde mientras la besaba descontroladamente. Nuestras lenguas se enredaban, ansiosas, luchaban en nuestras bocas por dominarnos y saborearnos profundamente. Sentí sus dedos hundirse en mi melena y tirar de ella, provocando que el vello de mi nuca se erizase y un escalofrío me recorriera la piel. Lamí sus labios y los mordí, tirando de ellos con suavidad al apartarme.

La miré, subyugado por su imagen, por sus labios enrojecidos, sus ojos brillantes y anhelantes y el deseo que todo su cuerpo expresaba. Tenía los pezones duros, y cuando deslicé los dedos entre sus piernas pude comprobar que seguía mojada. La atendí unos instantes, frotando los dedos contra su sexo antes de agarrarme el miembro y deslizar la punta a lo largo de sus pliegues, impregnándolo de su lubricación.

Olimpia me soltó, arqueó la espalda y elevó las caderas con un movimiento enloquecedoramente sensual. Y ya no pude resistirlo más. La agarré de las caderas y con una embestida segura y firme me hundí en ella. Su voz sonó a música en mis oídos, las notas de canciones que aún no había escrito sonaron en mi mente, cientos de melodías olvidadas llenaron mi mente y mi sangre, y me sentí efervescer de vida.

—Sí... Keith... Dios mío... Esto es real... —murmuró ella cuando la abracé y comencé a moverme, apretándola contra mi cuerpo mientras me hundía en el suyo con empujones rítmicos.

—Lo es, no lo dudes. Es lo... más real que he vivido en mucho tiempo —

respondí entre jadeos.

Olimpia volvió a hundir las manos en mi pelo y a besarme, gimiendo en mi boca y moviéndose, yendo a mi encuentro con sus caderas en cada embestida. Sus piernas me rodeaban y sus talones presionaban en mi trasero con exigencia, obligándome a ir más rápido.

—Más. Más... Keith, más —susurró en mi oído, y sus labios se abrieron en mi cuello, succionando mi piel y mordiéndola.

Sentí sus dedos bajar por mi nuca, sus uñas arañarme y clavarse en mi espalda con fuerza. Solté un gemido y levanté la cabeza, arremetiendo con más intensidad, hundiéndome en su sexo con movimientos amplios y profundos que la hicieron gemir con abandono.

Pronto el sudor comenzó a cubrir nuestras pieles y nuestros perfumes se fundieron en uno solo.

Sus dedos se cerraron en mi trasero, y sentí que se estremecía, atrapándome en el interior de su cuerpo. Al sentir el clímax aproximarse, me moví más deprisa, respondiendo a sus exigencias, agarrándola de las nalgas para apretarla contra mí con cada movimiento, arqueando las caderas y pegándolas a ella para estimularla aún más. E hizo su efecto, cuando elevé las caderas y me enterré profundamente en ella en una embestida firme, su voz se rompió en un gemido delicioso. Se agarró a mí con fuerza y me abrazó, moviéndose arrítmicamente mientras el orgasmo caía sobre ella.

—¡Sí, sí, sí! —gritó fuera de sí.

Y sin apenas retirarme, arremetí con movimientos cortos e intensos, apretándola contra mí con fuerza mientras me abandonaba al fin a la oleada de placer que azotaba mis sentidos. Una sensación ardiente se acumuló en mi vientre y estalló, liberándose con un calor líquido cuando al fin me corrí en su interior.

Nuestras respiraciones formaban un coro perfecto de jadeos y gemidos ahogados, y durante un largo instante compartimos el silencio y la quietud, abrazados por completo y aún unidos. Me sentía como si me hubiera metido un chute de la mejor droga que hubiera probado jamás. Mi mente estaba limpia de pensamientos oscuros, y en ella solo sonaba una música constante que me impelía a escribirla. Una agradable agitación pulsaba en mi pecho con la resonancia familiar de la inspiración.

—Dios mío..., Olimpia —susurré en su oído—. ¿Quién eres?

Ella me miró con una expresión embriagada y fascinada. Parecía que se hacía las mismas preguntas, que sentía algo parecido a lo que yo sentía.

—Aún no lo sé... —murmuró—, pero tal vez puedas ayudarme a descubrirlo.

Asentí sin siquiera pensármelo y volví a besarla, profundamente, volcando esa emoción cálida y viva que me despertaba en el beso. No podía ponerle palabras a lo que estaba pasando, pero mis manos la acariciaban con reverencia.

—Eres una musa... —dije sin pensar.

Y allí, sobre la mesa de billar, hicimos el amor hasta recuperar la consciencia.

14 de febrero de 2020

—¿No tienes whisky? —preguntó el hombre acodado en la barra. Sus ojeras indicaban que llevaba varias noches sin dormir, y los ojos enrojecidos que había estado llorando.

Él sabía muy bien las razones. Un corazón roto tenía un aura especial, de desesperanza e ilusiones quebradas. Aquel hombre había superado la cuarentena, y casi podía adivinar sus pensamientos, los mismos que se repetían en mentes de todas las edades: No volveré a sentir lo mismo con nadie. El amor no es para mí. Nadie va a quererme y yo no seré capaz de querer a nadie.

Suspiró, y siguió pasando el trapo por la barra con paciencia.

—No. Nuestros licores son especiales. Tal vez no te parezca especialmente fuerte, acabas de probar esa combinación, pero deja que haga efecto.

El hombre suspiró y hundió la cabeza entre los hombros. Se hizo un silencio espeso. El camarero miró hacia la puerta y luego miró el reloj.

«Aún tardará en llegar», pensó, y para llenar el triste silencio, encendió la televisión plana que colgaba de una de las paredes. Enseguida la música llenó el local con el sonido de una guitarra eléctrica. El hombre levantó la cabeza y miró hacia la pantalla.

—Vaya... Hacía tiempo que no los escuchaba. Eran muy famosos cuando era joven.

—Aún eres joven —replicó el camarero.

—Ah... gracias, pero los años ya van pesando.

En la pantalla, Keith Andrews cantaba con su voz aterciopelada y profunda, y a su lado Olimpia Evans, la nueva guitarrista de Endless Desire, agitaba su melena platino mientras rasgaba con energía las cuerdas de su guitarra eléctrica. La vuelta del grupo había sido toda una sorpresa, y aquella mujer una revelación en el mundo de la música, eran tan buena que había conseguido sacar de su bloqueo al cantante, y cada vez corrían más rumores de una inminente boda.

El hombre de ojos dorados sonrió y miró a su nuevo cliente cuando las puertas del local se abrieron. Un chico de unos treinta años les miró extrañado, apartándose el pelo de la corta melena castaña de los ojos.

—Nunca es tarde para nada —respondió al fin el camarero.

Si quieres leer más obras de nuestras autoras, visita nuestra web:

[DirtyBooks](#)